

Hacia el desarrollo de una teología responsiva a la situación del inmigrante (2/2)

Dr. Justo L. González



Iglesia de Dios
Orlando, Florida
10 de marzo de 2012

Hacia el desarrollo de una teología responsiva a la situación del inmigrante (2/2)

El tema que se me ha propuesto es “Hacia el desarrollo de una teología responsiva a la situación del inmigrante”. No creo que haya que subrayar la importancia del tema, pues una buena parte del pueblo latino en los EE.UU. es inmigrante. Lo que sí quisiera recalcar es que el tema puede abordarse de dos modos diferentes. Lo primero que nos viene a la mente es pensar en lo que podamos agregarle a la teología tradicional para responder al inmigrante y su condición. Así, por ejemplo, podemos tomar el pasaje del juicio de las naciones en Mateo 25 y señalar que el inmigrante es el forastero a quien Jesús se refiere, o que frecuentemente tiene hambre y sed, o que está preso, y que por tanto al tratar acerca del inmigrante tenemos que recordar aquello de que “en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis”.

No cabe duda de que eso es cierto, y que las obligaciones y oportunidades que Jesús anuncia en ese pasaje sobre el juicio se aplican a las actitudes de la iglesia y de los creyentes hacia los inmigrantes.

Pero con eso no basta. No basta porque hace del inmigrante y de su situación un mero apéndice a la iglesia. No basta porque da por sentado que la teología y la iglesia bien pueden valerse sin el inmigrante, y que todo lo que se requiere en medio de los cambios demográficos del país es que sigamos por donde siempre hemos ido, pero ahora añadiéndole la cuestión de cómo ayudar a los inmigrantes, o de cómo entenderlos, o de cómo hacernos entender por ellos.

Ese es un modo de abordar el tema sugerido de “una teología responsiva a la situación del inmigrante”: tomar la teología tradicional y, sin más cambio ni más ajustes, ver lo que nos dice acerca del inmigrante.

Pero hay otro modo de abordar el tema. Ese modo es, en lugar de colocar al inmigrante al borde de la cuestión, como si sencillamente requiriera algún que otro ajuste o alguna que otra extensión, colocarle al centro mismo del quehacer teológico, y desde ese centro mirar al resto de nuestro pensamiento, nuestras actitudes y nuestra vida eclesial. Este segundo modo de abordar el tema es más difícil al menos por dos razones: Primera, porque nos obliga a repensar nuestra teología en su totalidad, desde la doctrina de Dios hasta la escatología. Segunda, porque nos obliga a hacer del inmigrante, no un tema de nuestra teología, sino el sujeto mismo que hace teología.

Otra manera de decir lo mismo es la siguiente: Podemos entender el tema propuesto de dos modos: el primero es hacer teología *sobre* el inmigrante o *para* el inmigrante. El segundo es hacer teología *desde* el inmigrante y *por* el inmigrante. El primero hace del inmigrante y de su en apéndice a la teología recibida. El segundo hace del inmigrante y de su condición el punto de partida, el contexto desde el cual se hace toda la teología. El segundo, aunque más difícil, me parece más fiel al evangelio —a un evangelio en el que, de igual modo que los publicanos van delante de los fariseos, los inmigrantes van delante de los nativos.

Al plantearnos el tema de ese modo, lo primero que tenemos que preguntarnos es quién es el inmigrante. Con esto no quiero decir de dónde viene, cómo llegó al país, dónde vive, qué documentos tiene o no tiene, cuál es su edad promedio, ni ninguna de esas otras medidas y datos que generalmente se nos ofrecen para tratar de entender al inmigrante. Todo eso es importante, pues sin saberlo corremos el riesgo de que nuestra teología, supuestamente responsiva al inmigrante, no sea más que un castillo en las nubes. La realidad económica, social, política, legal, laboral, educativa, etc. de nuestro pueblo es importante, y debemos hacer uso de todos los estudios que analizan y explican esa realidad.

Pero antes de tomar en cuenta todo eso, y como base fundamental antes de ello, tenemos que plantearnos la pregunta fundamental: Teológicamente, ¿quién es el inmigrante? Teológicamente, ¿quiénes son los nativos, y quiénes los inmigrantes? ¿Quiénes son los residentes, y quiénes los indocumentados?

Al plantear la pregunta de ese modo, no cabe sino una sola respuesta: En la iglesia, todos somos inmigrantes, forasteros, indocumentados. Y esto, por dos razones:

La primera de ellas es que en la iglesia del Señor todos somos huéspedes indignos que día a día somos recibidos, no por nuestros méritos, sino por la gracia de Dios. La iglesia no nos pertenece, sino que le pertenece al Señor. En la sociedad allá fuera, los ciudadanos norteamericanos posiblemente reclamen que el país les pertenece, y que los demás somos

forasteros o inmigrantes cuyo derecho a estar acá depende de ellos, los ciudadanos. Pero aquí, en la iglesia, todos, desde el principal de todos nuestros obispos o pastores hasta el último recién llegado —todos somos huéspedes y forasteros. Aquí, en la iglesia, ni el peor de los pecadores ni el más consagrado de los santos pueden reclamar derecho alguno. Posiblemente algunos cubran los costos de la iglesia y otros menos afortunados reciban sus servicios. Pero todos, desde el más rico que paga por la construcción del templo, hasta el más pobre que recibe ropa usada, todos somos extranjeros y advenedizos.

Y lo que es cierto de la iglesia lo es también de la tierra y de todos sus frutos, del mar y todas sus ondas y hasta del aire y todas sus nubes y sus lluvias. No hay un solo habitante en toda la tierra que merezca vivir en ella. La tierra misma, el mar y el aire, son dádiva gratuita e inmerecida de Dios. Luego, no solo en la iglesia, sino en la tierra misma, todos somos extranjeros y advenedizos. El que un grupo de personas pretenda que, por el solo hecho de que sus antepasados llegaron primero, la tierra les pertenece y pueden excluir de ella al resto de la humanidad, por muy lógico que parezca, en fin de cuentas es una sinrazón.

Por ello lo primero que tenemos que hacer dentro del contexto del tema que nos ocupa es recordarles a quienes pretenden tener el derecho de excluir al inmigrante que lo que Dios le dice a Israel en Dt 10:19 y varios otros lugares de las Escrituras también se les aplica a ellos: “Amaréis, pues, al extranjero, porque extranjeros fuisteis en la tierra de Egipto”. Quienes aquí nos tratan como a extranjeros han de recordar que o ellos o sus antepasados fueron

extranjeros, no ya en Egipto, sino en esta misma tierra.

La segunda razón por la que decimos que en la iglesia todos somos inmigrantes, forasteros, indocumentados, es porque ningún cristiano tiene su ciudadanía en esta tierra. Como bien dice Pablo en Filipenses 3:20, “Nuestra ciudadanía está en los cielos”. Ese ciudadanía nos es común a todos los creyentes, sin importar dónde nacimos ni qué papeles tenemos. Es una ciudadanía que se basa en otro nacimiento que no es el de la carne, sino del Espíritu. Así, en Efesios 2:10 leemos las siguientes palabras: “Ya no sois extranjeros ni forasteros, sino conciudadanos de los santos y miembros de la familia de Dios”.

Luego, si de veras hemos de entender quiénes somos, es importante que nos reconozcamos como forasteros. Y eso es cierto, no solo del inmigrante indocumentado que anda escondiéndose de la migra, sino también del pastor más reconocido en toda la iglesia y de cualquier ciudadano, ya sea de este país, o ya de otro.

Pero lo cierto es que, al tiempo que nuestra verdadera ciudadanía está en los cielos, seguimos viviendo en la tierra. Todo cristiano es ciudadano, no solo en los cielos, sino también en la tierra. Pero al mismo tiempo su ciudadanía en el cielo ha de afectar también el modo en que entiende su ciudadanía en la tierra. Esto lo expresó un escritor cristiano del siglo segundo cuando, en medio de las persecuciones, escribió:

Los cristianos, en efecto, no se distinguen de los demás ni por su tierra ni por su habla ni por sus costumbres. Porque ni habitan ciudades exclusivas suyas, ni hablan una lengua extraña, ni llevan un género de vida aparte de los demás....Habitan sus propias tierras, pero como forasteros; toman parte en todo como ciudadanos y todo lo soportan como extranjeros; toda tierra extraña es para ellos patria, y toda patria, tierra extraña....Están en la carne, pero no viven según la carne. Pasan el tiempo en la tierra, pero tienen su ciudadanía en el cielo. Obedecen a las leyes establecidas, pero con su vida sobrepasan las leyes. (Ad Diog.5.1,5,8-9)

Repito: “ toda tierra extraña es para ellos patria, y toda patria, tierra extraña”. Esto quiere decir que todo creyente en Jesucristo vive en realidad en dos mundos, en dos ciudadanías, en dos órdenes. De un lado, sigue siendo miembro de la sociedad en general; sigue estando sujeto a un estado u otro; sigue ocupándose de la vida de la sociedad en general. Pero de otro lado, es ciudadano o ciudadana del cielo; vive en la tierra presente como en tierra extraña; por dondequiera que vaya es forastero.

En cierto modo, eso refleja la situación del inmigrante. Dejando por un momento la dimensión teológica, y dirigiendo la atención a la experiencia común de todo inmigrante, lo cierto es que todo inmigrante vive entre dos patrias o dos tierras. Por una parte, es natural de otra tierra. En la mayoría de los casos, añora aquella otra tierra, o al menos algo de lo que ha quedado detrás en ella. Pero por otra parte y al mismo tiempo busca el modo de abrirse paso en una nueva tierra. No importa si tiene papeles o no, o si se ha hecho ciudadano de la nueva tierra o no, el hecho es que por toda su vida seguirá viviendo entre dos mundos.

Esa experiencia no es única, sino que es la de todo inmigrante y la de todo exiliado, ya sea por

razones políticas, o ya por razones económicas. Y es también la experiencia de Israel en el exilio, que recibe el mandato, “edificad casas y habitadlas, plantad huertos y comed del fruto de ellos” (Jr 29.28), pero también se lamenta: “¿Cómo cantaremos un cántico de Jehová en tierra de extraños?” (Sal 137.4). El inmigrante de hoy lleva en el corazón un pedazo de la tierra que le vio nacer —un pedazo de México, un pedazo de Guatemala, un pedazo de Cuba, un pedazo de Brinquen o de Quisque ya. Lo llevará hasta el día en que pase al descanso eterno. Pero al mismo tiempo tiene que vivir y trabajar en su nueva tierra; tiene que aprender y ajustarse a sus leyes y sus costumbres; tiene que aprender el idioma; tiene que edificar casas y plantar huertos; tiene que criar hijos y nietos que cada vez sabrán menos de aquella tierra de la que todavía sueñan sus ojos nostálgicos.

Todo esto quiere decir que una teología, no ya *sobre* el inmigrante, sino *desde* el inmigrante, empleará esa experiencia de estar pero no pertenecer, de vivir en la tierra presente con los ojos puestos en una tierra lejana, para entender lo mucho que dice la Biblia acerca de la ciudadanía celestial, y para entender cómo es que, al tiempo que buscamos una patria mejor, tenemos que edificar casas, que plantar huertos, que buscar justicia, en la patria presente. Una teología desde el inmigrante recalcará al mismo tiempo el hecho de que el creyente es extranjero en toda patria y el hecho paralelo de que en toda patria el creyente tiene la obligación de servir a Dios y a su justicia. Una teología desde el inmigrante evitará caer por un lado en el peligro del materialismo presente, como si nuestra ciudadanía fuera de esta tierra, y por otro lado en el peligro de una espiritualidad ausente, como si esta tierra no fuese tierra de Dios, quien nos

manda edificar casas, plantar huertos y buscar justicia.

A partir de esa experiencia, una teología desde el inmigrante empezará por afirmar que nuestro Señor es el migrante divino, el divino exiliado. El Evangelio de Mateo lo dice claramente: la familia de Jesús tuvo que partir con él a tierra extraña huyendo de las atrocidades de la dictadura del momento. Allí permanecieron hasta la muerte de Herodes, cuando regresaron a Israel. Pero aun entonces no se atrevieron a regresar a Belén, la tierra de José y sus antepasados, ni siquiera a otro lugar en Judea, porque todavía reinaba el hijo de Herodes, Arquelao. Por eso se fueron a vivir, no en Judea, sino en Galilea, en la ciudad de Nazaret. Luego, aunque judío de nacimiento, Jesús se crió como galileo, en tierra extraña para sus padres. Galileos fueron sus primeros discípulos, galileo su acento, y por galileo le tuvieron sus contemporáneos. Todo esto el Evangelio de Juan lo resume, pero al mismo tiempo lo eleva a sus dimensiones cósmicas, al decir que “en el mundo estaba, y el mundo fue hecho por él, pero el mundo no lo conoció. A lo suyo vino, pero los suyos no lo recibieron” (Jn 1.10-11).

El resultado de todo esto es que la comunidad inmigrante, lejos de tener que aprender su teología del ciudadano o de la iglesia mayoritaria, es una comunidad cuya reflexión teológica, desde el punto de vista de su propia experiencia, tiene algo importante que contribuir al entendimiento de la fe —y no solo al entendimiento de la fe por parte del inmigrante, sino al entendimiento de la fe de la iglesia toda. Esto es lo que quiero decir al referirme a una teología *desde* el inmigrante, y no *sobre* ni *para* el inmigrante.

Cuando nos detenemos a pensar sobre ello, vemos que hay un paralelismo entre la vida de Jesús, nacido en Belén de Judá, criado primero en el exilio en Egipto y luego en el semiexilio en Galilea, y el dominicano traído acá en los brazos de su madre que ahora descubre que no es norteamericano, y que si regresa a la República allí también le tendrán por extranjero. O el mexicoamericano que vive en la tierra de sus antepasados y aun allí se le tiene por extranjero. O el boricua a quien se le declara ciudadano, y quien por tanto no es técnicamente inmigrante, pero todavía se le juzga por su acento.

Las migraciones humanas, como las de Jesús, son complicadas. Hace unos años, mi hermano se encontraba en Sevilla haciendo unas investigaciones en el Archivo de Indias. Cuando terminó esas investigaciones, le quedaba algún tiempo, y por curiosidad pidió el registro del poblado de Jaruco, en Cuba, entre cuyos fundadores se encontraban nuestros antepasados de apellido Ortega. Para sorpresa suya, descubrió que esos antepasados habían llegado a Cuba en el siglo 17 ¡como refugiados procedentes de la Florida! Todas esas experiencias, complejas y a veces hasta contradictorias, nos han de ayudar a entender algo más de ese Salvador que nació en Belén de Judea, pero tuvo que huir a Egipto para luego criarse en Nazaret de Galilea, y por fin regresar a Judea, donde se le crucificó pensando que era galileo; de ese Salvador que “a lo suyo vino y los suyos no le recibieron”.

Llevando esto a una dimensión más práctica, para iniciar o fomentar el desarrollo de tal teología lo primero que tenemos que hacer es afirmar la experiencia del inmigrante como lugar

teológico, y como lugar desde el cual ha de entender y expresar el evangelio. En nuestros estudios bíblicos, en nuestras escuelas dominicales, en nuestra predicación, en nuestros institutos bíblicos, nuestro pueblo tiene que afirmar y reafirmar su experiencia, y aprender a ver los paralelismos y las relaciones entre esa experiencia y el mensaje bíblico.

Volviendo entonces al tema de la experiencia del inmigrante, podemos tratar sobre otros temas teológicos a manera de ejemplo de lo que pudiera acontecer al ir surgiendo esa teología que propongo, no *sobre* ni *para* el inmigrante, sino *desde* y *por* el inmigrante.

Puesto que ya hemos hecho referencia a ella, tomemos en primer lugar a la iglesia. Si continuamos trabajando con el paralelismo entre nuestra condición de inmigrantes y nuestra condición como creyentes y ciudadanos de una patria mejor, veremos que aquí también hay un punto de contacto. Lo más normal es que un pueblo inmigrante busque modos de reunirse para recordar la patria ausente, y para volver a vivir algo de la experiencia perdida. Así, cuando yo era joven había en Cuba un Centro Gallego, un Centro Asturiano, una Alianza Francesa, etc. Así, en muchas de nuestras ciudades hay una Unión Latinoamericana, un Club Puertorriqueño o una Alianza Centroamericana. El propósito de todos estos clubes, alianzas y sociedades es ayudarnos a vivir como extranjeros en una patria extraña, dándonos sentido de identidad y de valía en una tierra en la que frecuentemente se desconoce y desprecia nuestra cultura, y en la que no tenemos oportunidad de ser quienes en verdad somos.

De manera semejante, la iglesia viene a ser entonces el lugar en el que quienes son ciudadanos de una patria mejor se congregan para poder vivir en la patria presente como ciudadanos de la por venir. De igual modo que el Club Puertorriqueño intenta ser un pedacito de Puerto Rico en Detroit, así también la iglesia está llamada a ser un pedacito del cielo en la tierra. Ciertamente, esto no siempre sucede, y la iglesia dista mucho de ser un pedacito de cielo. En la iglesia hay conflictos, competencias y chismes muy semejantes a los que hay en el resto de la sociedad. Pero cuando la iglesia es fiel a su llamado ayuda a sus miembros a recordar la patria lejana, y al mismo tiempo tanto en su enseñanza como en el modo en que ella misma vive les capacita para vivir en la presente como ciudadanos y representantes de la patria futura.

Luego, cuando la iglesia ora, “sea hecha tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra”, parte de lo que está haciendo es pidiéndole a Dios que la ayude a ser lo que debe ser, que de algún modo la iglesia pueda darle testimonio al mundo de lo que la tierra debe ser. No estamos pidiendo únicamente que el Reino venga cuando así le plazca a Dios, de modo que entonces se cumpla su voluntad tanto en la tierra como en el cielo, sino que estamos comprometiéndonos también a hacer la voluntad de Dios de modo que, al menos entre nosotros y al menos en alguna medida, esa voluntad se cumpla tanto en la tierra como en el cielo, y para que al menos aquí, y al menos en alguna medida, santificado sea el nombre de Dios.

Esto tiene consecuencias prácticas para la vida de la iglesia. A manera de ejemplo, permítaseme mencionar algunas de ellas:

La primera consecuencia práctica es que, sin abandonar el orden y la disciplina, la iglesia ha de hacer todo lo posible por ser una comunidad de amor más que una jerarquía. En esa comunidad de amor, todos han de ser aceptados, no por lo que hacen, por lo que saben, por lo que contribuyen, etc., sino porque Dios les acepta. La jerarquización de la iglesia, frecuentemente paralela a la jerarquización de la sociedad, contradice el Reino que aguardamos y que por lo pronto representamos. Es como si en una comunidad de exiliados que han dejado sus tierra huyendo de una dictadura ahora surgiera un nuevo dictador. La presencia misma de ese dictador sería prueba de que en realidad no hemos dejado atrás el espíritu que llevó a la dictadura en primer lugar.

La segunda consecuencia, semejante a la primera, es que en sus propias relaciones internas, la iglesia ha de dar testimonio de la paz, justicia y amor que son características del Reino venidero. Y no me refiero únicamente a las relaciones dentro de una congregación. Me refiero también a las relaciones dentro de cada denominación. Y me refiero también a las relaciones entre denominaciones. Si hay rencillas y chismes dentro de la congregación, no importa quién tenga razón, ambas partes están dando mal testimonio del Reino venidero. Si hay competencia y rencillas entre denominaciones, no importa quién tenga razón, ambas partes están dando mal testimonio del Reino venidero.

La tercera consecuencia se relaciona más directamente con la iglesia latina en específico, y es que la iglesia latina tiene que tener mucho cuidado de no confundir su identidad de forastera

por pertenecer a una patria celestial con su identidad de forastera por ser mayormente inmigrante. Los esfuerzos por dar testimonio de la patria celestial no han de confundirse con los esfuerzos por restaurar las experiencias de la perdida patria terrenal. Quien es creyente a la vez que inmigrante en esta sociedad es extranjero a dos niveles diferentes: es extranjero porque nació en otro país o porque no habla el mismo idioma; y es extranjero porque cualquier patria terrenal no es sino sombra y atisbo de la patria celestial. Es extranjero por haber nacido en tierra lejana. Pero además es extranjero por haber nacido en un nuevo nacimiento. Y las dos cosas, aunque paralelas, son bien diferentes. Al primer nivel, somos extranjeros en medio de una sociedad que habla otra lengua y que tiene otras costumbres. Al segundo nivel, como extranjeros junto a todas las personas en esa sociedad quienes, no importa de qué cultura, cuál su lengua o cuáles sus costumbres, confiesen el nombre de Jesucristo y aguarden y anuncien la venida de su Reino.

Como iglesia *hispana*, es natural que amemos la hispanidad. Pero como *iglesia*, hemos de recordar que aun en medio de la hispanidad estamos en la iglesia por ser ciudadanos de una patria mejor, que va mucho más allá de esa hispanidad e incluye, con el decir del vidente de Patmos, “una gran multitud, la cual nadie podía contar, de todas las naciones, tribus, pueblos y lenguas” (Ap 7:9).

Pero la idea del paralelismo entre la iglesia el Club Español donde se reúnen los españoles que viven en tierra extraña no basta, pues en el Nuevo Testamento, además de la ciudadanía

celestial, se emplea otra imagen de la iglesia que frecuentemente olvidamos, o que no analizamos con suficiente detenimiento. Me refiero a la imagen de la iglesia como la “familia de Dios”. Es aquí que el concepto de la iglesia como familia entra en juego.

Empecemos por aclarar que lo que la mayoría de los inmigrantes entiende por “familia” es muy diferente de lo que la cultura dominante entiende por tal. En la cultura dominante, la familia es una unidad pequeña y nuclear, compuesta por los padres y los hijos. Por eso se habla de una “familia promedio”, que tiene unos dos hijos, y que por tanto consta de unas cuatro personas. Pero en las culturas y tradiciones de la mayoría de los inmigrantes —ciertamente en las de los inmigrantes latinos— la “familia” es mucho más amplia, pues incluye no solo a padres e hijos, sino a tíos y tías, primos y primas, cuñadas y cuñados, consuegros, padrinos, madrinas y quién sabe cuántos más. Luego, mientras en la cultura dominante la “familia” tiene límites y números claramente determinados, en la cultura inmigrante la familia es una realidad difusa. Mientras unos entienden la familia como un círculo estrecho al que es difícil entrar, y cuya fuerza está en su exclusividad y en su número limitado de miembros, otros la ven como una comunidad abierta cuya fuerza está precisamente en su inclusividad, en su grande y hasta indefinido número de miembros. Son dos realidades bien diferentes.

La familia nuclear —la familia compuesta de padres e hijos, y nadie más— es una invención relativamente moderna. Surgió sobre todo como consecuencia de la revolución industrial, cuando muchas personas se veían obligadas a abandonar las zonas rurales en que habían

nacido, y en las que vivían en medio de una familia extensa, para ir a vivir en las grandes ciudades industriales. En ese éxodo, la familia extensa necesariamente quedaba detrás, y en el mejor de los casos quienes se trasladaban juntos a un nuevo lugar de residencia no eran sino la familia nuclear. Algo semejante está sucediendo hoy mismo en buena parte de América Latina y de África, donde por una serie de razones la población se desplaza del campo a las ciudades, dejando atrás, no solo las tierras en que nacieron y donde sus antepasados se criaron, sino también sus familias extensas. Y entre la población inmigrante aquí en los Estados Unidos sucede algo parecido. Todos han dejado atrás sus familias extensas. Los más afortunados han podido traer consigo a sus familias nucleares, y quizá a algún que otro pariente. Los menos afortunados han venido solos, dejando atrás tanto sus familias extensas como sus familias nucleares.

Hoy escuchamos por todas partes que la familia está en crisis. Lo escuchamos en las iglesias, y lo escuchamos de políticos que nos dicen que van a salvar la familia. Pero lo cierto es que la crisis de la familia no comenzó hace unas décadas con la crisis de la familia nuclear. Lo cierto es que la crisis de la familia comienza desde antes y tiene raíces más profundas en la pérdida de la familia extensa. Para sostenerse, la familia nuclear necesita de la familia extensa. Sin la familia extensa, las cargas que caen sobre los padres y las madres son tan pesadas y tan diversas que muchos no pueden llevarlas, lo cual resulta en crisis familiares, divorcios y hasta abuso físico y mental.

Todo lo cual nos lleva a lo que sería la contribución de una teología desde el inmigrante tanto al tema de la familia como al tema eclesiológico. El inmigrante que se encuentra solo en estas tierras, o que se encuentra rodeado solamente por su familia nuclear, tiene la experiencia de haber vivido en otro ámbito familiar, donde había tías y tíos, cuñados, cuñadas, concuños, suegros, suegras y consuegras, primos hermanos, segundos y hasta terceros. Al encontrarse ahora acá, solo o en el mejor de los casos rodeado solamente de su familia nuclear, frecuentemente encuentra en la iglesia un substituto para aquella familia extensa que quedó detrás. Aunque en la iglesia nos tratemos de “hermanos” y “hermanas”, lo cierto es que nos relacionamos más bien como tíos y tías, como abuelitas y abuelitos, como primos y otros parientes. Si un niño no se comporta como es debido, no solo sus padres, sino también alguno de esos tíos o tías, le llama a capítulo y le da mejores consejos. Si un joven necesita de consejo, no va siempre a donde su madre o su padre, sino que va al hermano Fulano, que como consejero de jóvenes viene a ocupar el lugar de un tío en la familia extensa.

Naturalmente, en esa familia los vínculos no son de sangre, sino de fe. Y esto nos lleva al caso de la familia de Jesús. Frecuentemente hablamos de la “Sagrada Familia”, por lo cual entendemos a María, José, Jesús, y posiblemente los hermanos de Jesús. Lo hacemos pensando que aquella debió ser una familia ideal, según entendemos hoy el ideal de la familia.

Pero si leemos los Evangelios veremos que la cosa no es tan sencilla. Ciertamente, quienes van al exilio en Egipto son la familia nuclear: María, José y el Niño. Y en Mateo 13:55 quienes

escuchan a Jesús buscan entenderle y definirle a la luz de su familia nuclear: “¿No es este el hijo del carpintero? ¿No se llama su madre María, y sus hermanos, Jacobo, José, Simón y Judas? ¿No están todas sus hermanas con nosotros?” Pero la historia de la visita a Jerusalén, cuando Jesús se queda en el Templo mientras sus familiares regresan sin darse cuenta de que no está con ellos, solamente tiene sentido si quienes iban eran, como dice Lucas, “la compañía” —es decir, un buen número de acompañantes que viajan juntos, cuidándose unos de otros, como en el caso de una familia extensa. (Posiblemente algunos de nosotros, quienes nos criamos en medio de familias extensas, recordemos alguna cena de Nochebuena cuando de momento alguien dijo, “¿Dónde está Pepito? Hace tiempo que no lo veo”, y todos salimos a buscar a Pepito, que posiblemente estaba entretenido jugando con algunos primos.)

Pero lo notable es que el propio Jesús define su familia de otro modo. En Mateo 12, y en los pasajes paralelos en Marcos 3 y Lucas 8, leemos la historia de algo que aconteció cuando Jesús estaba enseñando:

Mientras él aún hablaba a la gente, su madre y sus hermanos estaban afuera y le querían hablar. Le dijo uno: “—Tu madre y tus hermanos está afuera y te quieren hablar”. Respondiendo él al que le decía esto, dijo: “—Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos?” Y extendiendo su mano hacia sus discípulos, dijo: “—Estos son mi madre y mis hermanos, pues todo aquel que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ese es mi hermano, mi hermana, mi madre.” (Mt 12:46-50)

En otras palabras, Jesús tiene una familia que no se define sencillamente en términos de vínculos de sangre. Por el resto de los Evangelios, y por el libro de Hechos, sabemos que algunos de entre su familia física —al menos María y Jacobo— vinieron a ser también parte de esta

familia de fe. Pero Jesús no define esta familia en términos de sangre, sino en términos de fe y de acciones. Sus discípulos, varones y mujeres, son su madre, sus hermanos y hermanas. Según esto, en el mismo Nuevo Testamento Jesús tiene una familia extensísima —una familia que incluye no solo a su madre María y a su hermano Jacobo, sino también a unos pescadores a quienes llamó junto al Mar de Galilea, a unas mujeres que viajaban con él y que cubrían sus gastos, a unos publicanos a quienes la buena sociedad despreciaba, a unos judíos helenistas de nombre Esteban y Felipe, a una vendedora de púrpura, a un centurión romano, a un persecutor arrepentido, y a toda “una gran multitud, la cual nadie podía contar, de todas las naciones, tribus, pueblos y lenguas” (Ap 7:9).

Desde tal perspectiva, la iglesia es la familia de Dios —familia que, como cualquier familia, se reúne regularmente, no por obligación, sino porque sus miembros lo requieren para ser quienes son. Familia que adora de igual modo que una familia extensa recuerda y celebra sus raíces. Familia a la que otros se añaden mediante un nuevo nacimiento en el Espíritu, y cuyos nombres se añaden al registro familiar mediante el bautismo. Familia en la que todos tenemos un mismo apellido, que no es ya González o Pérez o Smith, sino Cristiano y Cristiana. (Es por eso que al bautizar no decimos “Yo te bautizo a ti, Juan Pérez”, sino “yo te bautizo a ti, Juan”.) Familia que se reúne regularmente para comer juntos de igual modo que una familia extensa se reúne para celebrar un cumpleaños, un matrimonio, y hasta el fin de una vida.

Tal visión de la iglesia como familia nos ayuda también a ser un poco más tolerantes. Si hay un

pecado en la iglesia toda, y particularmente en la iglesia latina, es el pecado de la intolerancia. Por cualquier cosa condenamos y rechazamos al miembro con quien no estamos de acuerdo, que no cree exactamente lo mismo que nosotros, cuya conducta no nos gusta, etc.

Eso estaría bien si la iglesia fuera un club, como el Centro Puertorriqueño o la Asociación Centroamericana. Pero no si la iglesia es una familia. En la familia, no tenemos el privilegio de decidir quiénes han de ser nuestros parientes, y quiénes no. En la familia, los otros miembros nos son dados como parientes, nos guste o no.

En toda familia extensa hay por lo menos una persona que no encaja perfectamente. Puede ser la “oveja negra” de la familia. Puede ser alguien cuyos gustos son diferentes de los nuestros. Puede ser alguien cuyo carácter interrumpe la tranquilidad familiar. Pero sea quien sea, y nos guste o no, sigue siendo miembro de la familia. Si se trata de la familia de los Omechevarría, por ejemplo, Pepe Omechevarría puede que no encaje; pero por el solo hecho de llevar el apellido Omechevarría es miembro de la familia.

Lo mismo sucede en la iglesia como familia extensa. Hay en la iglesia muchas personas que no nos gustan, que no nos caen simpáticas, o con quienes no estamos de acuerdo. Esto sucede en toda congregación, en toda denominación o concilio, y hasta en la iglesia universal. No me gusta la hermana María porque se pinta demasiado y es muy coqueta. No me gusta el hermano Juan porque quiere mandar en todo. No me agrada el grupo de alabanza, porque son muy

alborotosos. No me gusta el director de música porque quiere que cantemos himnos viejos. No me gusta el pastor porque sus sermones son aburridos. No me gusta el hermano Pedro porque se de demasiada importancia. Luego, con gusto me desharía de ellos.

Pero la cuestión no es tan sencilla, porque aunque llamemos a esos hermanos María Fernández, Juan Pérez, o Pedro Martínez, el hecho es que, en virtud de su nuevo nacimiento señalado en su bautismo sus verdaderos nombres —sus nombres escritos en el libro de la vida— son María Cristiana, Juan Cristiano y Pedro Cristiano.

Luego, un modo de darle fuerza y cohesión tanto a la iglesia latina como a la iglesia en su totalidad es, sobre la base de la experiencia del inmigrante, regresar a la visión neotestamentaria de la iglesia como una gran familia extensa. Tendremos muchas cosas en común, y en ellas nos regocijaremos. Y tendremos también muchas diferencias, pero en ellas también nos regocijaremos, no porque todos pensemos lo mismo o seamos iguales, sino porque, en virtud del poder del Espíritu Santo, todos llevamos el mismo apellido: Cristianos.

Si me he extendido sobre el tema de la iglesia, ello se debe a que la iglesia es el contexto dentro del cual se forma y se vive la teología. Pero no es éste el único tema sobre el cual podríamos tratar al desarrollar una teología *desde* el inmigrante. Lo que es más, si verdaderamente se va a hacer una teología *desde* el inmigrante, tal teología ha de considerar todos los temas tradicionales de la teología —temas tales como la doctrina de Dios, la revelación, la

interpretación bíblica, la creación, el pecado, la redención, etc. Pero por lo pronto lo más urgente, el próximo paso, no es tanto que tratemos de desarrollar toda esa teología, sino sobre todo que busquemos medios de escuchar y hacer oír la voz del inmigrante. Es imposible desarrollar “una teología responsiva al inmigrante” sin primero y constantemente escuchar la voz, o más bien las voces, del inmigrante —del inmigrante joven y del anciano, del inmigrante varón y del inmigrante mujer, del inmigrante exiliado por razones políticas y del inmigrante exiliado por razones económicas, del inmigrante que trae consigo una educación y una carrera y del inmigrante, mucho más numeroso, que no trae más que sus brazos y su deseo de trabajar, de quien sin ser inmigrante y a pesar de haber nacido aquí, se ve tratado como extranjero.

Eso no es fácil. Los pastores y teólogos estamos tan acostumbrados a hablar, a expresar nuestra opinión acerca de todo lo que se nos pregunta, y hasta a pensar que ya tenemos todas las respuestas, que se nos hace difícil escuchar a los demás, y sobre todo escucharles cuando nos hablan desde perspectivas y sobre cuestiones que no son las acostumbradas.

Pero es precisamente de ese hablar del inmigrante, de esas preguntas inesperadas, de esas perspectivas diferentes, que en última instancia surgirá lo que se nos pide, una “teología responsiva a la situación del inmigrante” —una teología *desde* el inmigrante, una teología en la que el inmigrante, en lugar de ser objeto de discusión, de reflexión o de compasión, venga a ser sujeto de su propia reflexión, y en la que se le estimule y se le ayude a ser también sujeto de su propia vida.

Por lo demás, lo que nos toca es pedirle al Señor de las naciones que nos ayude a ser “nación santa, pueblo adquirido por Dios” en medio de las naciones. Pedirle al Señor del éxodo, del exilio y del retorno que, no importa donde estemos, ya sea en medio de un éxodo, ya sea en medio de un exilio, ya sea en perspectivas de un retorno, estemos siempre con él. Pedirle al Señor de las edades que nos ayude a ser fieles en estos tiempos en que nos ha tocado vivir. ¡Así sea!

